

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) Introducción	1
2) El bautismo como puerta de los sacramentos.....	2
3) Inserción en el nombre de Dios.....	2
4) Pertenencia a la familia de la Iglesia	4
5) Conclusión.....	7
6) Concretando	7
7) Compromiso	7
8) Y ¿cómo puedo ampliar?.....	7

TEMA 9. El bautismo, sacramento de la filiación y la fraternidad

1) Introducción

Hemos dedicado este curso a estudiar la filiación y la fraternidad como experiencias humanas que se encuentran a la raíz de nuestra identidad personal y familiar. Para comprender mejor su calado en el misterio de la familia hemos ido interpretando algunas experiencias y mostrando las virtudes que tienen íntima conexión con ellas: la generación, el don de la vida, la natalidad, la memoria, la casa, la escucha, el asombro, la confianza, el agradecimiento, la piedad filial, el patriotismo,... El mes pasado vimos cómo ser hijo de Dios es una maravillosa vocación a descubrir la paternidad de Dios.

Ya apuntábamos que esta paternidad de Dios se revela de un modo asombroso en el misterio del bautismo. Por ello queremos detenernos este mes en profundizar en este sacramento. Si nos fijamos en la celebración del mismo podemos observar que lo fundamental se encuentra en los dos elementos siguientes: la palabra sacramental y el acto de derramar agua, o bien de introducir o sumergir en el agua. Esta unidad de palabra y materia es propia del sacramento cristiano. Nuestra relación con Dios, por tanto, incluye la materia. San Agustín lo explica del siguiente modo: “quita la palabra y ¿qué es el agua, sino solo agua? Se añade la palabra al elemento y se hace el sacramento, como si fuera él también una palabra visible” (*In Iohannis Evangelium*, tr. 80, 3). El bautismo es, pues, baño de agua junto con la palabra (Ef 5,26). En nuestra relación con Dios, la materia comporta el factor espacio y la palabra el factor tiempo. San Ireneo de Lyon acentúa los dos elementos, visible e invisible, del bautismo: visible de agua (“per lavacrum”) e invisible de Espíritu (“per Spiritum”).



El Catecismo Romano afirma que el bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra. “Nacer de nuevo” es lo que le pide Jesús a Nicodemo: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Jn 3,3). San Juan explica este renacimiento como nacer del agua y del Espíritu, nacer de lo alto.

2) El bautismo como puerta de los sacramentos

El bautismo es la “puerta” de la fe y de la vida cristiana. Durante siglos, la pila bautismal se situaba en la entrada o junto a la puerta, e incluso en una capilla aparte o en un edificio independiente llamado baptisterio. De este modo, se simboliza que “el santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos” (CEC 1213).

La imagen que nos ayuda a comprender la naturaleza iniciática del bautismo es el de pórtico o puerta. La puerta indica siempre una transición. Es un lugar de paso –una apertura en un muro– por el cual podemos entrar o salir de una habitación, de una casa, de un parque... La puerta abierta deja pasar, manifiesta la acogida y la posibilidad de diálogo, pero también puede revelar el descuido y la inseguridad de una casa que no está guardada, o una ciudad desprotegida. Por eso, la puerta abierta indica también el frío que entra o el calor que se escapa, desorden, peligro... Cerrada, la puerta impide el paso, es señal de miedo, secreto, falta de acogida, pero también es protección contra el enemigo y contra el frío, señal de intimidad, de un misterio, de un tesoro. Incluso cerradas, las puertas dejan rendijas que permiten adivinar el otro lado, su luz o su frío. Hay también puertas que se nos abren a medias, como las del desconfiado, que abre con la cadena puesta y después de mirar bien por la mirilla... ¿Y la puerta entreabierta? La puerta es entonces una invitación, situación intermedia que nos lleva a abrirla y pasar, o a cerrarla del todo. La puerta se presenta como una promesa: atravesarla es introducirse en otra atmósfera.

Romano Guardini nos recuerda que a menudo entramos por la puerta en la Iglesia y siempre nos dice algo ¿Lo percibimos? La puerta habla, entre el exterior y el interior, al atravesar su umbral somos invitados a dejar fuera lo que no es sagrado, a purificarnos para entrar en el templo, a recogernos para poder entrar en relación con Dios. Al pasar por ella, involuntariamente levantas cabeza y ojos. Elevas la mirada y la extiendes por el recinto; el pecho se dilata y el alma parece agrandarse.

El bautismo es la puerta por la que ingresamos en la Iglesia, por la que Dios nos hace sus hijos. La familia es la Iglesia doméstica donde esto se hace efectivamente realidad. Por ello la familia es el sujeto principal de su celebración. El bautismo, junto a la Confirmación y la Eucaristía, componen la “Iniciación cristiana” como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

3) Inserción en el nombre de Dios

El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1214) afirma que este sacramento recibe el nombre de Bautismo en razón del carácter del rito central mediante el que se celebra: bautizar (*baptizein* en griego) significa “sumergir”, “introducir dentro del agua”; la “inmersión” en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo de donde sale por la resurrección con El (cf. Rm 6,3-4; Col 2,12) como “nueva criatura” (2 Co 5,17; Ga 6,15).



La fórmula de administración del bautismo en su forma actual dice así: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Es decir, el bautismo crea una comunión con el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. Cuando Jesús dialoga con los saduceos a propósito de la Resurrección afirma que Dios es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (Mc 12,18-27). Observemos que Dios se da un nombre por medio de los hombres (de Abraham, de Isaac, de Jacob). De este modo, los hombres han llegado a formar parte de su propio nombre. De esta manera Abraham, Isaac y Jacob son algo así como atributos divinos. Ser bautizado significa entrar en comunión de nombre con aquel que es “El Nombre”, y así convertirse en atributo de Dios de forma mucho más completa que Abraham, Isaac y Jacob. Esta inserción en el nombre de Dios es resurrección incoada, introducción en la indestructible vida de Dios.

Esta inserción en el nombre que acontece en el bautismo, se puede comparar de alguna manera con la celebración matrimonial, que instaura una comunión del nombre entre dos personas. Comunión que, por su parte, expresa una nueva unidad: los dos salen del lugar existencial donde vivían hasta ahora, de forma que ya no se les podrá encontrar separados, sino uno con el otro.

En el bautismo recibimos un nombre concreto, una identidad original. El nombre tiene que ver con nuestra vocación y nuestro destino. En latín hay una semejanza entre nombre (*nomen*) y destino (*omen*). Como afirma el libro del Apocalipsis: “Al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca y, grabado en la piedrecita un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe” (Ap 2,17).

En la teología de Ratzinger hay una sugerente distinción entre concepto, número y nombre. Si al primero le acecha el riesgo del racionalismo y la teorización indebida, y si al segundo le amenaza la recaída en el anonimato y en la pura medida, el nombre designa lo propio de cada uno, su identidad exclusiva. El nombre impide que reduzcamos a la persona a una mera parte de un todo, que la despersonalicemos convirtiéndola en un número.

La originalidad de la Revelación cristiana es que Dios nos revela su nombre. Él mismo aparece en el inicio del libro del Éxodo dirigiéndose a Moisés (“rescatado del agua”) afirmando “Yo soy el que soy” (Ex 3,14). De este modo, Dios ha querido mostrar libremente su identidad dándonos a conocer su Nombre propio. El Dios del Éxodo no es el Dios de un lugar sino más propiamente el Dios de los padres, el Dios de alguien. Y al manifestar ahora su Nombre puede ser interpelado por los fieles, cabe dirigirse a Él personalmente, se puede entrar en relación con Él.

Según el cuarto evangelio, la misión de Jesús es dar a conocer a los hombres el nombre del Padre (Jn 17,6 y 17,26). En realidad, Jesús en persona es el nombre de Dios porque su propio nombre (*Yeshua*) contiene el nombre de Dios y su misión para la humanidad (Yahvé salva). Él nos dice personalmente quién es Dios y nos introduce en el misterio tripersonal de su vida íntima. Ratzinger recuerda que para el Nuevo Testamento la imagen de Dios más acabada es Jesucristo (Col 1,15; 2 Cor 4,4) y que, por lo tanto, es Él quien establece la verdadera “proporción” de correspondencia con Dios. Su vida –sus hechos y sus palabras, sobre todo sus milagros y los misterios de Pascua (pasión, muerte en Cruz, resurrección)– es el gran “lenguaje” con el que Dios nos muestra su rostro paterno, filial, amoroso, en una palabra: misericordioso. Sólo así llegamos a descubrir que el Fundamento último de todas las cosas es personalmente Padre y que su actuación creadora-redentora en el Hijo y el Espíritu desvela la bondad última e infalible del plan salvador sobre la creación y el pecado.



En Jesús, Dios nos llama por nuestro nombre, nos da nuestra vocación, por medio de la cual nos incorpora a su misión y de este modo nos personaliza definitivamente, como hijos en el Hijo. Ser bautizado es la vocación a participar en la relación de Jesús con Dios. De ahí que el bautismo únicamente se pueda realizar en pasiva, como ser bautizado, pues nadie puede transformarse a sí mismo en hijo, ha de ser hecho hijo. El recibir es previo al hacer. Pero este recibir no es pasivo, sino que significa entrar en una relación personal dinámica. Por ello, la cuestión del conocimiento pleno de Dios se resuelve en el seguimiento de Jesús.

En la Antigüedad, el bautismo se designa con el nombre de “sacramento del agua”, y los cristianos conservaron por largo tiempo la costumbre de bautizar en agua viva, un agua unida a la fuente, que corre y fluye. El agua no solamente porta la vida, sino también a los vivientes, los peces. Por eso el cristiano que vive de ella será naturalmente comparado a un pez. La visión de Ezequiel (Ez 47,1-10) describe un agua que mana del Templo y se convierte en un torrente que porta la vida a todas partes donde penetra y que se convierte en un río lleno de peces. La imagen tendrá su reflejo en el acróstico formado a partir de la palabra griega que designa al pez (ICHTHYS, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador).



Ι ησους = Jesús
Χ ριστος = Cristo
Θ εου = de Dios
Υ ιος = Hijo
Σ ωτηρ = Salvador

El símbolo esotérico de Cristo se convierte también en el de los cristianos. Tertuliano afirmará: “Nosotros, pequeños peces, que tomamos el nombre de nuestro ICHTHYS, Jesucristo, nacemos en el agua y solamente permaneciendo en

ella somos salvados”. La iconografía paleocristiana ofrece multitud de testimonios del símbolo del pez (en las catacumbas, en los sarcófagos, en objetos como vasos, joyas, lámparas de aceite...). El pez se va a asociar en esta iconografía a otro símbolo cristiano, el ancla, para simbolizar la fe en la resurrección. El cristiano, como pequeño pez, cree que resucitará con Cristo para la vida eterna. Es por ello que parecerá también la inscripción (ICHTHYS ZONTON, “Pez de los vivientes”). Los Santos Padres asociarán el símbolo del pez al hecho de que Cristo había elegido pescadores del lago de Tiberíades y que les había prometido ser “pescadores de hombres” (Mc 1,17). El pez se convertirá después, a partir del siglo IV, en un símbolo de la Eucaristía.

4) Pertenencia a la familia de la Iglesia

Nuestro nombre lo recibimos de otros, pues nuestra identidad es filial. La familia se convierte, así, en el sujeto que celebra el bautismo. La celebración del mismo es siempre una celebración familiar. Pero el bautismo no es un acto puntual, sino que abraza toda la vida cristiana. Las nuevas relaciones que se trenzan van creciendo y madurando a lo largo de toda la vida en la realidad de la familia.

La memoria de nuestro bautismo nos acompaña en la peregrinación de la vida. Nos ofrece la posibilidad y la capacidad de leer e interpretar las relaciones con las demás personas. El bautismo no es un punto sino el inicio de un camino, un proceso de sucesivos encuentros, de introducción en los misterios de la vida de Cristo,



Por medio del bautismo, la familia penetra en el misterio de una familia más grande. De este modo, la familia se dilata y se hace una familia de familias que es la Iglesia. La relación entre familia e Iglesia es, pues, dinámica y generativa. El nombre dado por los Padres de la Iglesia a la fuente bautismal como útero de la Iglesia (*uterus Ecclesiae*) es altamente sugestivo. Como afirma lapidariamente San Cipriano: “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre”. En la antigüedad, el bautismo se confiere en un edificio llamado baptisterio que generalmente (sobre todo en Occidente) se encuentra separado del edificio de culto, pero formando parte integrante de él. La forma de la planta preferida es octogonal, por el valor simbólico del número ocho, como símbolo de salvación (el octavo día). De este modo podemos comprender que el bautismo no es algo que pertenezca al pasado y que esté ya superado, sino que más bien pertenece al futuro, pues siempre está delante de nosotros como el octavo día. Podemos así comprender mejor la razón de que al bautismo se le designara “lavado profético” (*“profeticum lavacrum”*), pues es un acto simbólico de la salvación escatológica. De modo análogo, podemos decir también que el matrimonio y la familia no son realidades del pasado, sino que miran esencialmente al futuro.

Para la piscina se utiliza, a veces, como en la imagen la planta cruciforme. Esta hermosa pila se conserva en el museo del Bardo de Túnez. Procede de una ciudad de orígenes púnicos que los romanos llamaron Clupea. Construida en el siglo VI, esta pila representa la decoración más rica en símbolos encontrada jamás en un baptisterio africano. La inscripción dice: “En tiempo del santo y bienafortunado Cipriano obispo y jefe de esta comunidad con el santo sacerdote Adelfio, Aquinio y Juliana, su esposa junto con sus hijos, Villa y Deogracia han puesto este mosaico destinado al agua eterna”. Los cuatro cuadrados y los círculos representan las columnas de un baldaquino. Entre el primer y segundo escalón se puede ver el arca de Noé, un vaso, un cruz bajo un baldaquino, una paloma y entre estos cuatro sujetos cuatro velas encendidas. Entre el segundo y tercer escalón se representa un delfín (símbolo de Cristo) bajo el monograma de Cristo y cuatro árboles: un manzano, un olivo, una palmera y una higuera (símbolos del paraíso o de la Iglesia y de las estaciones o de la renovación con el bautismo). En el tercer escalón se distingue una abeja o una cigarra (símbolos de la generación virginal) y por tres veces un pequeño pez (símbolo de los cristianos nacidos en el agua de la regeneración). Sobre el fondo de la pila se representa el monograma de Cristo acompañado de una alfa y una omega.

La rica simbología que la Iglesia ha desarrollado en torno al bautismo, pone de relieve su importancia para la vida cristiana. Ser sumergido en el misterio pascual de Cristo, muerte y Resurrección simbolizados por el descenso a las aguas y el resurgir de las mismas, transforma por entero la vida del creyente, la vida de las familias.



La Iglesia es imagen de María, y María es el modelo de gestación. Ella engendró a Cristo, la Iglesia engendra cristianos. De este modo, el bautismo nos otorga nuevas y reales relaciones con Dios y con los demás.

Como fruto del secularismo y laicismo modernos, hoy no pocas familias difieren o niegan el bautismo de sus hijos, con el pretexto de que no desean imponerles nada, sino que ellos elijan libremente su fe. La crisis de fe y la crisis de la familia están inseparablemente unidas.

No se trata de una cuestión nueva en la historia de la Iglesia. San Agustín cuenta que Mario Victorino le decía a su amigo Simpliciano que él era cristiano aunque no estuviera bautizado. Simpliciano le respondía: “Yo no te creeré ni te contaré entre los cristianos hasta que no te vea en la Iglesia de Cristo”. Victorino se burlaba de él diciendo: “Pues qué ¿son las paredes las que hacen cristianos a los hombres?”. A esta provocación de Victorino, podríamos afirmar en cierto modo que sí, que las paredes, entendidas como las relaciones que nos configuran dinámicamente, nos van transformando en Cristo, nos cristifican.

A este respecto, la encíclica *Lumen fidei* afirma en el n. 43: “La estructura del bautismo, su configuración como nuevo nacimiento, en el que recibimos un nuevo nombre y una nueva vida, nos ayuda a comprender el sentido y la importancia del bautismo de niños, que ilustra en cierto modo lo que se verifica en todo bautismo. El niño no es capaz de un acto libre para recibir la fe, no puede confesarla todavía personalmente y, precisamente por eso, la confiesan sus padres y padrinos en su nombre. La fe se vive dentro de la comunidad de la Iglesia, se inscribe en un «nosotros» comunitario. Así, el niño es sostenido por otros, por sus padres y padrinos, y es acogido en la fe de ellos, que es la fe de la Iglesia, simbolizada en la luz que el padre enciende en el cirio durante la liturgia bautismal. Esta estructura del bautismo destaca la importancia de la sinergia entre la Iglesia y la familia en la transmisión de la fe. A los padres corresponde, según una sentencia de san Agustín, no sólo engendrar a los hijos, sino también llevarlos a Dios, para que sean regenerados como hijos de Dios por el bautismo y reciban el don de la fe. Junto a la vida, les dan así la orientación fundamental de la existencia y la seguridad de un futuro de bien, orientación que será ulteriormente corroborada en el sacramento de la confirmación con el sello del Espíritu Santo”.

Esta sinergia entre familia e Iglesia de la que habla el texto es clave para penetrar en el misterio de la generación bautismal.

5) Conclusión

El sacramento del bautismo ilumina y plenifica las experiencias humanas de la filiación y la fraternidad. Ser hijo y ser hermano alcanzan en él un valor insospechado, ser hijo de Dios y ser hermano de Cristo, primogénito entre muchos hermanos. La familia es el sujeto primordial que dispone, prepara, celebra y acompaña a lo largo de toda la vida al cristiano en su vocación a la santidad recibida en las aguas bautismales por Cristo.

La encíclica *Lumen fidei* explica de este modo en el n. 42 cómo por la acción bautismal Cristo modifica y engrandece nuestras relaciones: "...mediante la inmersión en el agua, el bautismo nos habla de la estructura encarnada de la fe. La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de comunión. Este dinamismo de transformación propio del bautismo nos ayuda a comprender la importancia que tiene hoy el catecumenado para la nueva evangelización, también en las sociedades de antiguas raíces cristianas, en las cuales cada vez más adultos se acercan al sacramento del bautismo. El catecumenado es camino de preparación para el bautismo, para la transformación de toda la existencia en Cristo. Un texto del profeta Isaías, que ha sido relacionado con el bautismo en la literatura cristiana antigua, nos puede ayudar a comprender la conexión entre el bautismo y la fe: « Tendrá su alcázar en un picacho rocoso... con provisión de agua » (Is 33,16). El bautizado, rescatado del agua de la muerte, puede ponerse en pie sobre el « picacho rocoso », porque ha encontrado algo consistente donde apoyarse. Así, el agua de muerte se transforma en agua de vida. El texto griego lo llama agua "pistós", agua «fiel». El agua del bautismo es fiel porque se puede confiar en ella, porque su corriente introduce en la dinámica del amor de Jesús, fuente de seguridad para el camino de nuestra vida".

6) Concretando

1. ¿En qué sentido el bautismo es la puerta de los demás sacramentos?
2. ¿Qué importancia tiene recibir el nombre en el bautismo?
3. ¿Qué significa ser insertados en el nombre de la Trinidad?
4. Comenta la importancia de pertenecer a una familia
5. ¿Cómo cultivar el afecto de pertenencia en tu equipo y en Familias de Betania?

7) Compromiso

Asistir y participar como equipo en la jornada de las consagraciones el día 14 de junio.

8) Y ¿cómo puedo ampliar?

- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1213-1284.
- R. GUARDINI, *Los signos sagrados*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1965.